*Artículo publicado en
el periódico El Universal,
el 8 de septiembre de 1981.*

¿CRISIS O TRANSICION DEL CAPITALISMO?

En el Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo (CEESTEM) tuvo lugar durante los días del 2 al 6 de septiembre últimos una conferencia multidisciplinaria sobre *La transición hacia un nuevo orden internacional democrático*. Enhorabuena fue cambiada una denominación cuyo uso se había prestado hasta aquí a continuas confusiones: con los mismos términos se señalaba el "nuevo orden económico internacional" (NOEI) buscado por las naciones del Tercer Mundo, y el "nuevo orden económico internacional" que vienen imponiendo de hecho, en la realidad actual, las grandes empresas transnacionales. El cambio de "económico" por "democrático" acabó con la ambigüedad y amplía los campos de la preocupación y de las investigaciones hacia lo sociopolítico y lo cultural.

La conferencia fue convocada conjuntamente por el CEESTEM y por la Asociación Internacional de Juristas Demócratas. Uno de los párrafos finales de su declaración común ofrece una muy clara toma de posición frente a un asunto que ha sido tema frecuente en estos artículos semanales. Dice: "En amplios sectores de opinión de los países capitalistas desarrollados, se acepta cada vez más que la crisis no podrá superarse si no se otorgan ciertas concesiones a los países del Tercer Mundo. De él se necesitan sus materias primas, su mercado, su fuerza de trabajo[. . .] Las diferencias entre los países dominadores y los dominados han llegado a un nivel disfuncional y peligroso [por lo que es necesario] introducir correctivos que, sin cambiar la esencia de las relaciones de subordinación y de explotación, adapten las economías del Tercer Mundo a las nuevas necesidades de las economías dominantes[. . .] Esta es la orientación que se recoge en los informes McNamara y en el de la Comisión Trilateral, e incluso en los informes del Club de Roma[. . .] y en el informe Brandt. Frente a estos proyectos de simple retoque de las relaciones internacionales, que no modifican su esencia desigual, planteamos la instauración de un nuevo orden internacional cualitativamente distinto al vigente, que asegure la liberación nacional y el proceso democrático del pueblo" (subrayados míos).

La Conferencia se pronunció, pues, contra el reformismo, con lo cual se colocó en la línea de los auténticos intereses de las naciones más pobres por más explotadas; un reformismo que podría dar solución para ciertas situaciones que empiezan a ser insostenibles para las naciones ricas (¿se ha puesto usted a pensar qué

pasaría en el sistema financiero internacional si las naciones pobres se negaran a pagar sus deudas, o simplemente cuando llegue el momento en que absolutamente no puedan pagarlas?); un reformismo que favorecería principalmente a las grandes potencias y a esa "clase media internacional" formada por las llamadas "potencias medianas" como México y otros países del Tercer Mundo que sí tienen petróleo; un reformismo que apenas traería algún alivio a las angustias y a la zozobra en que viven las naciones más pobres; un reformismo que, no obstante, pareciera perfilarse como resultado de la próxima ronda del diálogo Norte-Sur en Cancún, durante el mes de octubre próximo.

El tema obliga a la reflexión política: se necesita meditar sobre una serie de elementos de juicio suministrados por acontecimientos ocurridos recientemente y que siguen ocurriendo en nuestros días. Por ejemplo, y antes que ningún otro, la crisis.

Si bien sus comienzos, a principios de los años setentas, permitían esperar el desarrollo "normal" que hasta ahora se conocía en las crisis periódicas del capitalismo, la obstinada renuencia de ésta a reaccionar frente a métodos habitualmente utilizados por los capitalistas para salir de ella, hace pensar que hay algo más que una crisis dentro de la "crisis" actual del capitalismo. Y para encontrar la explicación no basta el análisis económico por sí solo: se impone la necesidad de articular también el análisis político que incluya, además, el conocimiento de las grandes presiones culturales ejercidas hoy sobre las sociedades de consumo: tanto las presiones agresivas como las defensivas.

La observación empírica cotidiana, es decir, la profusión informativa que poseemos acerca de los fenómenos económico-políticos que ocurren diariamente en los países centrales, y sus repercusiones o manifestaciones en los países periféricos, están llevando a pensar, a quienes poseen formación teórica adecuada, que el capitalismo mundial está entrando de lleno en una fase cualitativamente distinta en su evolución histórica. La llamada crisis actual se aprecia entonces más como período de transición que como crisis propiamente dicha; transición que promete ser larga y difícil, durante la cual se encontrará y se resolverá, finalmente, el conflicto ya en curso entre los Estados nacionales tradicionales y las cada vez más poderosas empresas transnacionales. Una buena visualización de este conflicto permitirá vislumbrar la nueva fase en que está entrando el capitalismo imperialista.

Tema tan complejo me obligará a volver más de una vez a él en estos artículos. Por hoy quisiera dejar asentado que la salida a la crisis actual no puede ser otra

que el punto al que arribe la transición en curso. Contra la solución fascista a la crisis, o contra el fascismo como meta de la transición, trabajan simultáneamente el reformismo y el socialismo. En el corto plazo, las condiciones permiten esperar en Cancún —*si nos va bien*— el triunfo del reformismo. (A más largo plazo —se ha dicho— todos estaremos muertos.) No quiero decir con esto que la clara posición en contra del reformismo, apreciable en la declaración común de la conferencia multidisciplinaria reseñada en este artículo, sea una posición idealista porque no haya tomado en cuenta las duras realidades de la coyuntura. Por lo contrario: sin la presión ejercida por las organi-

zaciones e instituciones democráticas como las organizadoras de esta conferencia, y sin la presión de todos los que luchan sin tregua por el socialismo en todo el mundo, no podría triunfar el reformismo sobre el capitalismo salvaje y fascista, encarnado hoy por los Estados Unidos imperialistas.

Y no me cansaré de repetirlo: aunque el reformismo no constituye paso obligado hacia el socialismo ni necesariamente tiene que derivar tarde o temprano en socialismo, el reformismo, cuando las circunstancias lo imponen, puede crear condiciones más favorables para la transformación socialista.

*Artículo publicado en
el periódico El Universal,
el 9 de octubre de 1979.*

PRESIONES ELECTORALES EN EE.UU. LA AMENAZA DEL FASCISMO

“En México empezó la campaña electoral de Estados Unidos”, dijo el presidente López Portillo. Y si se analizan los intereses económicos que mueven las fuerzas políticas contendientes allá, se observará cómo se calcan los mismos aquí en nuestro país; porque México también empezó ya su propia campaña electoral desde que se planteó la necesidad de determinar el destino que se daría a los excedentes económicos generados por el petróleo. Es decir, la necesidad de determinar quiénes se comerían el pastel petrolero.

Seguir reduciendo las campañas políticas norteamericanas a la puja habitual entre los partidos Demócrata y Republicano, se antoja anacrónico. Se atina en cambio si se ubica a los precandidatos —formalmente propuestos dentro de uno u otro partido— en el marco de las corrientes económicas cuya pugna está movilizando y conduciendo a la nación norteamericana hacia el gran cambio, en escala universal, del capitalismo. Porque en Estados Unidos, como en Francia, como en México, como en todo el mundo capitalista —aunque guardando características propias y circunstancias distintas de cada país— el fenómeno en el fondo es el mismo: las gigantescas corporaciones trasnacionales están desnacionalizando las economías que se desarrollaron históricamente dentro de los límites, si no necesaria y exclusivamente geográficos, si en el ámbito de los intereses globales de los Estados tradicionalmente nacionales.

Esta necesidad ineludible de mayor crecimiento y expansión —esencia misma del capital— ha provocado el desarrollo económico que, íntimamente relacionado

con el desarrollo político de la formación social en que actuamos, y con el concomitante desarrollo cultural, conforman la estructura y las superestructuras de esta etapa capitalista y precedera del interminable proceso histórico.

Contemplando el acontecer del mundo desde esta amplísima perspectiva se llega a la conclusión de que, teóricamente, la trasnacionalización económica es un paso lógico y progresivo, dentro del sistema capitalista, que abre horizontes prometedores al quehacer político y a la actividad cultural porque los proyecta con gran fuerza más allá de los límites de un nacionalismo ya estrecho y asfixiante.

Difícil como será para mucha gente aceptar un razonamiento semejante —porque las estructuras envejecidas más duras de romper son las mentales— no lo será tanto como abrirse a la idea de que la ruptura de las fronteras del nacionalismo burgués nos acercará cuantitativamente al socialismo. El cambio cualitativo, es decir, el socialismo, se lograría como siempre, ya fuera por la vía pacífica —de lucha de masas— o por la vía de las armas, según las condiciones de cada situación concreta; pero en todo caso las luchas revolucionarias se darán —se están dando ya— en niveles políticos e ideológicos superiores, sin que esto signifique que serán más fáciles o asequibles.

Por supuesto todo lo anteriormente dicho es pura teoría, aunque no por eso menos cierto: se refiere a las tendencias más destacadas que acusa hoy día el proceso histórico. Pero ¿qué ocurre en la práctica, en la realidad de todos nuestros días? Que la acción demolidora de las “progresistas” corporaciones trasnacionales está corroyendo los cimientos mismos de los Estados nacionales, incluyendo los más poderosos como el norteamericano o el alemán occidental, provocando así la debilidad y el deterioro de casi todas las instituciones que regulan nuestra vida civilizada; están